

está cubierto de escombros, hasta el punto de que es preciso cavar hasta cuarenta y cincuenta pies de profundidad para dar con la antigua superficie de la montaña.

VIII

Haret-el Muslimin, grandioso barrio de los musulmanes, además de las dependencias de la mezquita de Omar, comprende el monte Acra y la parte central de la ciudad, que termina casi junto á las antiguas murallas. La parte casi inhabitada del Noroeste de la ciudad es conocida por el nombre de *Haret Bab-el-Hitta*.

Allí junto á la puerta de San Esteban y en frente de la piscina Probática, llamada por Josefo *Stagnum Salomonis*, álzase la iglesia de Santa Ana, construída sobre el lugar que ocupó la casa de San Joaquín y Santa Ana.

Una cuestión importante se enlaza con su historia, y es la del lugar donde nació la Santísima Virgen. La Sagrada Escritura no lo menciona, y por consiguiente, sólo es dable recurrir al testimonio de los autores antiguos y á las tradiciones locales. Tres opiniones distintas existen respecto á este punto.

Según algunos, lo cual no es probable, la Santísima Virgen nació en Séfora, ciudad de Galilea, junto á Nazareth.

Las tradiciones orientales son favorables á la opinión de que María nació en Jerusalén. Empero muchos autores son de parecer que nació en Nazareth, donde moraban sus padres, fundándose esta opinión en el libro titulado *De Nativitate S. Mariæ*, cuyo autor se ignora, y que está continuado en las obras de San Gerónimo. También está abonado este parecer por las expresiones *casa natal*, que el Breviario romano aplica á la casa de Loreto; *ubi nata, in quo nata* se leen en las Bulas de Pío IV y Sixto V, y esta inscripción grabada en la misma casa por orden de Clemente VIII: *Hic Maria in sucem edita*.

En el lugar que actualmente ocupa la iglesia de Santa Ana, han sido construídos y destruídos diferentes capillas, iglesias y conventos desde los primeros siglos del Cristianismo hasta nuestros días.

En tiempo de los reyes cristianos la iglesia de Santa Ana fué agregada á una casa de Religiosas. Refiérese que Balduino I encerró en él á su esposa. El convento fué convertido en colegio de alfaquies por Saladino, y los Padres de la Tierra Santa obtenían cada año á peso de oro

permiso para celebrar misa en sus ruinas el día de Santa Ana. En 1856, después de la guerra de Crimea, el sultán Abdul-Medjid la cedió á Francia, y la nación cristianísima ha restaurado, hace unos quince años, bajo la inteligente dirección del arquitecto M. Mauss, lo mismo la iglesia que las dependencias contiguas, con gusto exquisito, y conservando al templo, que es de tres naves de piedra, grande y hermoso, su aspecto de antigüedad. En el pavimento de la nave derecha, ábrese una magnífica escalera de mármol, que conduce á la iglesia subterránea ó cripta, en la cual hay dos altares, y detrás una especie de cueva ó antigua cisterna. El mayor de dichos altares, sobre cuya mesa se ve una preciosa estatua de mármol de Nuestra Señora de Lourdes, recuerda el sitio mismo que una tradición señala como el lugar donde nació la Santísima Virgen María. En torno de la iglesia han dispuesto los franceses un bonito jardín, y en uno de sus ángulos un pequeño museo con las columnas, capiteles y demás objetos arqueológicos que, al hacer las obras, encuentran en sus excavaciones.

En la parte de la ciudad que acabamos de describir, entre el pretorio, la piscina Probática, la casa de Santa Ana, la capilla de Flagelación y parte de la Vía Dolorosa, monseñor Valerga intentó fundar una colonia cristiana, estableciéndose él aquí personalmente. El barrio de los cristianos es pequeño, y por razón de los vastos establecimientos construídos al rededor de la iglesia del Santo Sepulcro, queda algún espacio para la población; mientras que esta parte del monte Acra está punto menos que deshabitada; los cristianos, generalmente muy pobres, podrían procurarse habitaciones á más bajo precio, y poco á poco levantarían de sus ruinas los numerosos santuarios que allí existen.

El palacio de Elena, reina de Adiabene, alzabase en el monte Acra. Esta reina fué á Jerusalén atraída por la fama de la ciudad de David, y abrazó el judaísmo, erigiéndose un mausoleo al Norte de la ciudad, en cuyo monumento fué sepultada por orden de su hijo Monabaze.

La Vía Dolorosa atraviesa por el centro del barrio de los musulmanes, el cual nada encierra que merezca la atención, excepto el gran bazar, algunos baños, notables fábricas de jabón y el hospital de Santa Elena, al que los árabes dan el nombre de *el-Tekijjeh*, y está casi enteramente arruinado; sin embargo, todavía se reparte allí comida á los pobres y á los peregrinos musulmanes.

Exceptuando la gente del bazar y de algunos otros establecimientos públicos, atendida su extensión, este barrio está desierto. Con frecuencia me he encontrado solo en sus oscuras calles, sin que me haya acontecido el menor accidente. Cuando iba á visitas, precedíame un criado musulmán,

quien se creía con derecho para maltratar á los que nos obstruían el paso. En francés y en italiano repetía al criado que no fuese tan descortés; replicándome en árabe, y á la primera ocasión empujaba con mayor violencia al infeliz con quien topaba.

Existen en Jerusalén tres razas de musulmanes: los mogravinos, de quienes ya he hablado, los árabes y los asmaulis; cuéntanse entre ellos varias sectas religiosas, cada una de las cuales tiene su mezquita.

Atravesando la calle que conduce de la puerta Judicial al gran bazar, entramos en el *barrio de los cristianos* (Hareth el-Nussarah, ó barrio de los nazarenos).

Junto á la iglesia del Santo Sepulcro se encuentra *la cárcel de San Pedro*.

Viendo Herodes Agripa que habia complacido á los judíos matando á Santiago, mandó prender á San Pedro y le encerró en la cárcel con ánimo de darle públicamente muerte después de la Pascua. En tanto que San Pedro estaba encarcelado, la Iglesia rogaba á Dios por él; y la noche anterior al día que Herodes señalara para dar muerte al apóstol, libertóle un ángel del Señor. (Hech. XII).

En este sitio erigieron los fieles una iglesia, de la que todavía se observan vestigios; pero ahora es uno de los lugares más inmundos de Jerusalén.

Estos vestigios son otra prueba de que esta parte de la ciudad no estaba comprendida en el recinto de la antigua; pues léese en la Sagrada Escritura, á propósito de haberse evadido San Pedro por manos de un ángel, que *cuando hubieron pasado delante de la primera y segunda centinela, llegaron á la puerta de Hierro que conduce á la ciudad*, de la cual se desprende que la cárcel estaba fuera de la población, como también el Santo Sepulcro, situado á corto trecho de la cárcel de San Pedro.

Si es cierto lo que leemos en Adrichomio, que la iglesia de los sirios ocupa el terreno de la casa de María, madre de Juan, llamado Marcos, á donde se dirigió San Pedro al salir de la cárcel, la *puerta de Hierro* debió ser la Gennath. Encuétranse restos de otras dos puertas más próximas á la cárcel de San Pedro, pero no en la dirección de la casa de María.

Respecto de esta casa, leemos en los hechos de los Apóstoles, que el ángel acompañó á San Pedro hasta el extremo de la calle y se alejó. Entonces Pedro, reflexionando, dirigióse á casa de María donde los cristianos estaban orando por él. «Y tocando él á la puerta del patio, una muchacha llamada Rhode salió á escuchar. Y luego que conoció la voz de Pedro, de gozo no abrió la puerta, sino que corrió dentro y dió nuevas

que estaba Pedro á la puerta. Y ellos le dijeron: tú estás loca. Pero ella afirmaba que así era. Y ellos decían: Su ángel es. Entre tanto Pedro continuaba llamando. Y habiéndole abierto, lo vieron y quedaron pasmados. Y como les hiciese señal con la mano que callasen, les contó el modo con que el Señor le habia sacado de la cárcel, y dijo: Haced saber esto á Santiago y á los hermanos. Y saliendo de allí se fué á otro lugar. (Hech. XII, 13, 14, 15, 16, 17). »

Dice Adrichomio que esta casa fué la primera iglesia de los griegos, convertida actualmente en iglesia episcopal de los sirios.

Volviendo al Norte casi á igual distancia del convento sirio y de la iglesia del Santo Sepulcro, encontramos la iglesia de San Juan, donde existía la casa de este evangelista y de Zebedeo, su padre, y ahora pertenece al patriarca griego.

El espacio contiguo está ocupado por un vasto jardín y por las ruinas del palacio de los caballeros de San Juan, que después lo fueron de Rodas y luego de Malta, cuya gloriosa historia es de todo el mundo conocida. Aquí fué donde tuvieron origen.

En los primeros tiempos de la orden, los hospitalarios únicamente se dedicaban á cuidar á los enfermos y heridos; lavaban los pies á los peregrinos y administraban los consuelos de la Iglesia á los moribundos. Hasta mucho después, no se añadió á sus estatutos la obligación de llevar armas.

La calle que va de Norte á Sur, cruzándose con la que comienza en la puerta de Jaffa, ó sea calle de *David*, llamábase en los tiempos del imperio cristiano *calle del Patriarca*, «porque los patriarcas mandaban al jefe de aquella calle»; y también calle de los *Baños del Patriarca*, por razón de la gran piscina que en ella existe, la de Esequías, antiguamente llamada *Stagnum Amygdolon* (estanque de las almendras), *Birhet Hammán el Batrak* (estanque de los baños del patriarca); la piscina de Esequías merece especial atención. Inmediata como se encuentra á la iglesia del Santo Sepulcro, preténdese deducir de ahí que antiguamente estaba situada dentro de la ciudad como ahora, lo cual no se prueba en parte alguna.

Previendo la llegada de los asirios, Esequías dió un desagüe subterráneo á las aguas de la piscina superior de Gihon al *Occidente de la ciudad de David*, (II Paral. XXXII, 30), en la piscina que habia formado. Como la piscina superior distaba mucho de las murallas, sus aguas hubieran servido para sus enemigos, y Esequías construyó otra junto á la ciudad, á la cual era fácil impedir que nadie se aproximase. A excepción de la piscina Probática hecha para el uso del templo, las

demás estaban fuera de la ciudad, junto á las murallas. El siguiente texto de Isaías no es en manera alguna contrario á esta opinión: «E hicisteis un foso entre los dos muros para el agua de la pesquera vieja. (Isaías XX, II, 11).» Es evidente, como lo nota Schultz, que esta piscina, situada en dicho punto, estaba entre dos murallas, lo mismo que la puerta de la ciudad, por la cual Sedecías huyó hacia la puerta de Jericó. (IV Reyes, XXV, 4).

Encontramos luego el convento de los coftos, pobre aunque muy espacioso; y en frente, el de los griegos, donde hay algunos obispos y cuarenta religiosos; está dedicado á San Constantino.

Al extremo de la calle, al Norte de la iglesia del Santo Sepulcro, residían los patriarcas en tiempo de las cruzadas, en un edificio que actualmente los árabes llaman el-Chankeh.

Entramos en el callejón que conduce á la iglesia del Santo Sepulcro. Antes los judíos tenían prohibido el tránsito por esta calle y la entrada á la iglesia del Santo Sepulcro; pero el mismo día que llegué á Jerusalén, publicóse una orden levantando esta prohibición. La parte de dicha calle que más allá del atrio ostenta las ruinas del hospital de San Juan, llamábase en tiempo de las cruzadas *calle de las Palmas* (Ruha Palmariorum). Aquí se vendían las palmas que los peregrinos llevaban á Occidente en prueba de su peregrinación; dejaban el bordón en Jerusalén, y para regresar tomaban una palma.

Al Norte de esta calle existieron dos conventos de monjas, donde ahora no se ven más que escombros y una tenería. Había una casa de monjas llamada *Santa María la Grande* (Santa María la Mayor); después de esta casa de religiosas, encuéntrase otra de monjes negros, llamada Santa María la Latina, la cual pertenecía á la orden de San Benito.

Había también otro convento llamado *Santa María la Menor* (Santa María la pequeña); pero se ignora dónde estaba situado. Otras varias iglesias contaba Jerusalén; ya en tiempo de San Gerónimo era tan considerable el número, que el santo doctor dice que no podía visitarlas en un día. Están completamente destruídas.

Si después de recorrer este barrio volvemos hacia la puerta de Jaffa, frente á la ciudadela, encontraremos la casa del obispo anglicano; en la esquina occidental de la misma calle, la del patriarca latino, y al Norte de ésta, un callejón adyacente, la del patriarca Melquite.

Los cónsules de Francia, Prusia y Cerdeña residen en la ciudad baja.

En un espacio desocupado y bastante vasto inmediato á las murallas de la ciudad, se écha de ver el sitio que ocupaba la casa de Urias y

de Betsabé. El algibe contiguo, conocido con el nombre de *piscina de Betsabé*, nada tiene que ver con la de que se habla en el libro segundo de los Reyes, pues Betsabé estaba en la azotea de su casa cuando el rey la vió. En 1844 el cónsul de Francia, que vivía en frente, lo mandó cegar, porque más parecía cloaca que algibe.

Estos son los monumentos que existen dentro de la ciudad.

¿Qué diremos ahora de la fisonomía de Jerusalén? Recorridas las calles de esta infeliz ciudad, tanto de día como de noche, siempre inspiran el mismo sentimiento, la misma tristeza.

Las calles son angostas, muchas abovedadas y oscuras, todas sucias y gran parte desiertas; en los barrios concurridos, debajo de los soportales, vense miserables tiendas, donde apenas se encuentra lo más preciso para la vida. ¿Qué comercio pudiera haber en un territorio donde no existen agricultura, caminos, canales, industrias, estabilidad, donde todo depende de la arbitrariedad? Las relaciones son escasas, y los transportes costosos. Todo se transporta á lomo de camellos y mulos, y por poco que valga la carga, es preciso guardar á que parta una caravana; nadie se atreve á viajar solo en un país cuya única industria es el robo. Las casas, los muebles, el traje, la mesa, todo es pobrísimo. El atavío de las mujeres, lejos de fomentar el comercio, lo estorba, retirando de la circulación las numerosas monedas de oro de que van cargadas, creyendo engalanarse de este modo; cuando todas estas monedas, que han sido agujereadas, entran nuevamente en circulación, hay que pesarlas para reconocer su desmérito; así que tanto valdría tenerlas como poseer oro y plata en pasta, por cuanto no circulan sin pesarlas.

Las relaciones son además muy difíciles para la diversidad de religiones, pues en Jerusalén no hay más que cuatro días laborables; el viernes, el sábado y el domingo lo celebran sucesivamente los mahometanos, los judíos y los cristianos.

Las casas son bajas, cuadradas, casi faltas de aberturas y ventanas, y si algunas tienen, están enrejadas como en los tiempos antiguos. Los tejados son azoteas, no del todo niveladas como en el Norte de Siria, sino algo elevadas en el centro, de modo que cada casa está coronada por un pequeño cimborio de cuatro ó cinco pies de alto. En estos sitios se toma el fresco, aquí se retira el que quiere estar solo algunos ratos, aquí se duerme en verano, aquí suelen orar los musulmanes, aquí levantan los judíos *sus tabernáculos* en la fiesta de este nombre, y por fin, aquí se sube para abservar cualquier acontecimiento que ocurra.

Las calles son sumamente resbaladizas; de modo que hay verdadero peligro en andar por ellas á caballo. Vagan por la ciudad muchísimos